IIIº DOMINGO DE ADVIENTO

Las lecturas del tercer domingo de Adviento nos garantizan que Dios tiene un proyecto de salvación y de vida plena que proponer a los hombres; y para hacerles pasar de las "tinieblas" a la "luz".

En la Primera Lectura, un profeta del post-exilio se presenta a los habitantes de Jerusalén con una "buena nueva" de Dios.
La misión de este "profeta", ungido por el Espíritu, es anunciar un tiempo nuevo, de vida plena y de felicidad sin fin, un tiempo de salvación que Dios va a ofrecer a los "pobres".

El Evangelio nos presenta a Juan Bautista, la "voz" que prepara a los hombres para acoger a Jesús, la "luz" del mundo.
El objetivo de Juan no es centrar sobre sí mismo el foco de atención pública; él solo esta interesado en llevar a sus interlocutores a acoger y a "conocer" a Jesús, "aquel" que el Padre envió con una propuesta de vida definitiva y de libertad plena para los hombres.

En la Segunda Lectura Pablo explica a los cristianos de la comunidad de Tesalónica la actitud que es preciso asumir mientras se espera al Señor que viene. Pablo les pide que sean una comunidad "santa" e irreprensible, esto es, que vivan alegres, en actitud de alabanza y de adoración, abiertos a los dones del Espíritu y a los desafíos que Dios les presenta.

PRIMERA LECTURA

Desbordo de gozo con el Señor

Lectura del Profeta Isaías
61, 1 - 2a.10 - 11.

El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque el Señor me ha ungido.
Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren,
para vendar los corazones desgarrados,
para proclamar la amnistía a los cautivos
y a los prisioneros, la libertad,
para proclamar el año de gracia del Señor.

Desbordo de gozo con el Señor,
y me alegro con mi Dios:
porque me ha vestido un traje de gala
y me ha envuelto en un manto de triunfo,
como novio que se pone la corona,
o novia que se adorna con sus joyas.

Como el suelo echa sus brotes,
como un jardín hace brotar sus semillas,
así el Señor hará brotar la justicia
y los himnos, ante todos los pueblos.

Palabra de Dios.

1.1 Ambientación

La liturgia de este domingo vuelve a proponernos un texto del Tercer Isaías (capítulos 56 – 66 del Libro del profeta Isaías). Los capítulos atribuidos a esa figura, nos presenta un conjunto de textos cuya procedencia no está totalmente clara. Para algunos, son textos de un profeta anónimo, post-exílico, que ejerció su ministerio en Jerusalén tras el regreso de los exiliados de Babilonia, en los años 537 – 520 antes de Cristo; para la mayoría, se tratan de textos que provienen de diversos autores del post-exilio y que fueron redactados a lo largo de un período de tiempo relativamente largo (probablemente, entre los siglos VI y V).

En cualquier caso, los textos del Tercer Isaías nos sitúan en la época posterior al Exilio y en una Jerusalén en reconstrucción. Para los retornados del Exilio, son tiempos difíciles e inciertos. La población de la ciudad es poco numerosa, la reconstrucción es lenta y modesta, los enemigos están al acecho. Por otro lado los retornados son recibidos con frialdad y hostilidad por los pocos habitantes de Jerusalén que habían quedado en la ciudad y que no habían ido al exilio. Al poco tiempo, con la reorganización de la vida en la ciudad, llegan las injusticias de los poderosos sobre los débiles y pobres, viene la corrupción y la prepotencia de los jefes. El Pueblo está desanimado y sin esperanza.

Los profetas que desarrollan su misión en esta época, van a intentar despertar la esperanza en un futuro de vida plena y de salvación definitiva. En este sentido, van a hablar de una época en la que Dios va a volver a residir en Jerusalén, ofreciendo cada día a su Pueblo la vida y la salvación. Esa "salvación" implicará, no solo la reconstrucción de Jerusalén y la restauración de las glorias pasadas, sino también la liberación de los pobres, de los oprimidos, de los débiles, de los marginados.

El texto que hoy se nos propone es el principio (vv. 1-2) y el fin (vv. 10-11) del capítulo 61 del Libro de Isaías. La mención del "Señor Dios" (en hebreo, Yahvé – Adonai) en el versículo 1 y en el versículo 11, confirma que todo este capítulo presente una clara unidad textual y temática.

El capítulo está claramente dividido en tres secciones. En la primera (vv. 1-3a), el profeta expresa el sentido de su propia vocación; en la segunda (vv. 3b-9), el profeta transmite palabras del Señor, prometiendo la restauración del Pueblo, de la Alianza y de Jerusalén; en la tercera (vv. 10-11), el profeta presenta una declaración de alegría, probablemente de Jerusalén, en forma de promesa de Dios.

1.2 Mensaje

La primera parte de nuestro texto (vv. 1-2a) pertenece a la primera sección del capítulo. Ahí, el profeta presenta el sentido de su vocación y misión. Antes de nada, se presenta como el "ungido" del Señor, sobre quien reposa el Espíritu; y es el mismo Espíritu el que le mueve y le impele hacia la misión, como sucedía con los jueces y con los antiguos profetas (cf. Nm 11,25-26; 24,2). Aunque no se menciona el término "profeta", esa misión se presenta como eminentemente profética: él es el enviado por Dios y la misión tiene que ver con el servicio de la Palabra.

En concreto, la misión del profeta consiste en anunciar una "buena noticia" ("evangelio"), en curar los corazones heridos, en proclamar la liberación a los cautivos, en promulgar "el año de gracia del Señor". El anuncio del "año de gracia", alude a los años jubilares (celebrados de cincuenta en cincuenta años, cf. Lev 25,10-17) y a los años sabáticos (celebrados de siete en siete años). De acuerdo con la Ley de Dios, eran años destinados a restaurar la situación original de justicia e implicaban, por ello, la liberación de los esclavos (cf. Ex 21,2; Dt 15,12), el perdón de las deudas (cf. Dt 15,1) y la restitución de los bienes y propiedades enajenados durante ese período.

Los destinatarios de ese mensaje de esperanza son los "pobres". La categoría "pobres", en el contexto bíblico, es menos una categoría sociológica y más una categoría espiritual. Los pobres son los que carecen de bienes, de dignidad, de libertad y de derechos, pero que, por su especial situación de

miseria y de necesidad, son considerados los preferidos de Dios y el objeto de una especial protección y ternura por su parte. Por eso, son mirados con simpatía y además, en una visión simplista e idealista, son retratados como personas pacíficas, humildes, sencillas, piadosas, llenas de "temor del Dios" (esto es, que se sitúan ante Yahvé con serena confianza, en total obediencia y entrega). Representan a esa parte del Pueblo de Dios frecuentemente maltratada y oprimida por los poderosos, pero que se entrega con fe, humildad y confianza en las manos de Dios y que Dios ama de forma especial.

La misión de este "profeta" es, por tanto, anunciar un tiempo nuevo, de vida plena y de fidelidad sin fin, un tiempo de salvación que Dios va a ofrecer a los "pobres".

La segunda parte del texto que se nos propone (vv. 10-11), pertenece a la tercera sección del capítulo. Se trata de la parte final del oráculo: tras el anuncio de salvación presentado por el profeta, la ciudad de Jerusalén manifiesta su regocijo y alegría porque Dios la va a revestir de salvación y de justicia, como novio que se pone la corona, o novia que se adorna con sus joyas. La última imagen ("*Como el suelo echa sus brotes, como un jardín hace brotar sus semillas*") sugiere la vida y la fecundidad que surgirán de la acción salvadora y liberadora de Dios.

1.3 Actualización

Considerad, en la reflexión y en el compartir, las siguientes reflexiones:

✠ En este texto del Tercer Isaías se afirma, de forma clara, la existencia de un proyecto de salvación que Dios va a ofrecer a su Pueblo, especialmente a los pobres, esto es, a todos aquellos que viven en una situación intolerable de carencia de bienes, de dignidad, de libertad, de justicia, de vida. El profeta les garantiza que Dios les ama, que no les abandona a su miseria y sufrimiento y que tiene un proyecto de vida, de alegría, de felicidad para proponer a cada hombre al que la vida hirió. Esta "buena noticia" debe llenar de esperanza a todos aquellos que no tienen acceso a los bienes esenciales (educación, salud, trabajo, justicia, amor), que no tienen voz, que son explotados y oprimidos, que son masticados y digeridos por un sistema económico que genera exclusión, alienación y miseria.
El Dios en quien creemos, dice el Tercer Isaías, no es un Dios indiferente, que pacta con el racismo, la exclusión, la violencia, la explotación, el terrorismo, el imperialismo, la prepotencia; sino que es un Dios que ama a cada "pobre" explotado y maltratado, que está al lado de los que sufren, y que da a los pequeños, a los marginados, a los excluidos la fuerza para vencer el desánimo, la miseria, de las fuerzas de la opresión y de la muerte.

✠ ¿Cómo actúa Dios en el mundo? No es, normalmente, a través de manifestaciones estruendosas y espectaculares, que dejan a la humanidad hundida y asustada; sino que es a través de gestos banales de sus profetas a los que él confía la misión de luchar contra las fuerzas de la opresión y de la muerte y a los que llama a testimoniar, en medio de los "pobres", el amor, la libertad, la justicia, la verdad, la vida.
Cada creyente es un profeta, llamado a ser testimonio de Dios y signo vivo de su amor, de su justicia y de su paz. ¿Cómo me sitúo yo frente a esto? ¿Me siento profeta, llamado a testimoniar el amor, la vida, la libertad de Dios?
Los "pobres", los oprimidos, los excluidos, ¿encuentran en mí un signo vivo del amor de Dios? ¿Tengo el coraje de arriesgar, de luchar, de dar la cara para que el mundo sea mejor?

✠ Los versículos finales de nuestro texto presentan la reacción agradecida y jubilosa del Pueblo ante la acción salvadora de Dios. El descubrimiento del amor y de la presencia liberadora de Dios no pueden sino conducirnos a la alabanza, a la adoración, a la alegría.
¿Soy agradecido con el Señor por su presencia amorosa, salvadora y liberadora en la vida del mundo y en mi propia vida?

Salmo responsorial

Lucas 1, 46 - 50.53-54

V/. Se alegra mi espíritu
en Dios mi Salvador.

R/. Se alegra mi espíritu
en Dios mi Salvador.

V/. Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

R/. Se alegra mi espíritu
en Dios mi Salvador.

V/. Desde ahora me felicitarán
todas las generaciones
porque el Poderoso
ha hecho obras grandes por mi:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

R/. Se alegra mi espíritu
en Dios mi Salvador.

V/. A los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.
Auxilia a Israel su siervo,
acordándose de la misericordia.

R/. Se alegra mi espíritu
en Dios mi Salvador.

SEGUNDA LECTURA

Que vuestro espíritu, alma y cuerpo, sea custodiado hasta la venida del Señor

Lectura de la primera carta del Apóstol San Pablo a los Tesalonicenses
5, 16 - 24.

Hermanos:
Estad siempre alegres.
Sed constantes en orar.
En toda ocasión tened la Acción de Gracias:
ésta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús
respecto de vosotros.
No apaguéis el espíritu,
no despreciéis el don de profecía;
sino examinadlo todo, quedándoos con lo bueno.
Guardaos de toda forma de maldad.
Que el mismo Dios de la paz
os consagre totalmente,
y que todo vuestro ser,
alma y cuerpo,
sea custodiado sin reproche
hasta la Parusía de nuestro Señor Jesucristo.
El que os ha llamado es fiel
y cumplirá sus promesas.

Palabra de Dios.

2.1 Ambientación

Tesalónica era, en el siglo I de nuestra era, la ciudad más importante de Macedonia. Puerto marítimo y ciudad de intenso comercio, era una encrucijada religiosa, en la cual los cultos locales coexistían con todo tipo de propuestas religiosas venidas de todo el Mediterráneo.

La ciudad fue evangelizada por Pablo durante su segundo viaje misionero, muy probablemente en el invierno de los años 49-50. Pablo llegó a Tesalónica acompañado de Silvano y Timoteo, después de haber sido forzado a dejar la ciudad de Filipos. El tiempo de evangelización fue corto, tal vez unos tres meses; pero fue el suficiente para hacer nacer una comunidad cristiana numerosa y entusiasta, constituida mayoritariamente por paganos convertidos. Sin embargo, la obra de Pablo fue brutalmente interrumpida por la reacción de la colonia judía. Los judíos acusaron a Pablo de ir contra los decretos del emperador y llevaron a algunos cristianos ante los magistrados de la ciudad (cf. Hch 17,5-9). Pablo tuvo que dejar la ciudad aprisa, de noche, yendo a Bereia y, después, a Atenas (cf. Hch 17,10-15).

Mientras tanto, Pablo tenía la conciencia de que la formación doctrinal de la comunidad cristiana de Tesalónica aún dejaba mucho que desear. La joven comunidad, fundada hacía poco tiempo e insuficientemente catequizada, estaba casi desarmada en ese contexto adverso de persecución y de prueba (cf. 1Tes 3,1-10). Preocupado, Pablo envió a Timoteo a Tesalónica, a fin de tener noticias y animar a los tesalonicenses en la fe (cf. 1Tes 3,2-5). Cuando Timoteo volvió y presentó su informe, Pablo estaba en Corinto. Confortado por las informaciones dadas por Timoteo, el apóstol decidió escribir a los cristianos de Tesalónica, felicitándolos por su fidelidad al Evangelio. Aprovechó, también, para aclarar algunas dudas doctrinales que inquietaban a los tesalonicenses y para corregir algunos aspectos menos ejemplares de la vida de la comunidad.

La primera carta a los Tesalonicenses es, con toda probabilidad, el primer escrito del Nuevo Testamento. Apareció en la primavera – verano del año 50 o 51.

El texto que hoy se nos propone forma parte de las exhortaciones con que Pablo cierra la carta. Después de las enseñanzas sobre la segunda venida del Señor (cf. 1Tes 4,13-18) y de una invitación vehemente a esperar, vigilantes, ese momento final de la historia humana (cf. 1 Tes 5,1-11), Pablo presenta algunos elementos concretos que los tesalonicenses deben tener siempre en cuenta y que deben marcar la existencia cristiana en ese tiempo de espera (cf. 1 Tes 5,12-28).

2.2 Mensaje

¿Cómo deben los cristianos, entonces, vivir ese tiempo de espera del Señor?

En el texto que la segunda lectura de este domingo nos propone, Pablo no presenta grandes progresos en reflexiones muy elaboradas. Sin embargo, el apóstol presenta sugerencias muy útiles para la vida cristiana y para la construcción de la comunidad.

Pablo comienza por pedir a los tesalonicenses que vivan alegres y que llenen su vida de una intensa oración, sobre todo de acción de gracias. El cristiano es siempre una persona libre y feliz, consciente de la presencia salvadora y liberadora de Dios a su lado, que contempla permanentemente ese horizonte último de vida eterna y de felicidad definitiva que Dios le reserva y que, por eso, agradece y alaba a su Señor.

Después, el apóstol pide también a los tesalonicenses que abran el corazón al Espíritu y que no desprecien sus dones. Esta referencia puede significar que las experiencias carismáticas comenzaban a crear problemas en la comunidad. Probablemente, ni toda la gente entendía y estaba abierta a las interpelaciones que el Espíritu hacía a través de algunos miembros de la comunidad. Lo nuevo, lo espontáneo, lo creativo, chocaban con lo rutinario, lo establecido, lo prefijado. Pablo recomienda a los cristianos de Tesalónica que sepan analizar todo con cuidado y discernimiento, sin prejuicios, de corazón abierto a la novedad de Dios, guardando "lo que es bueno" y apartándose de "toda clase de mal".

Una comunidad construida de acuerdo con estos principios, que vive su existencia histórica con alegría y serenidad, que alaba a su Señor y que está permanentemente atenta para discernir y aceptar los dones del Espíritu, es una comunidad "santa" e irreprensible, preparada para acoger, en cualquier momento, al Señor que viene.

2.3 Actualización

Considerad, en la reflexión, los siguientes aspectos:

- La existencia cristiana es un camino al encuentro del Señor que viene. En su peregrinación por la historia, sumergidos en la alegría y en la tristeza, en el sufrimiento y en la esperanza, los creyentes no pueden perder de vista esa meta final que da sentido a toda la vida. El camino cristiano debe ser recorrido con atención y en vigilancia, procurando vivir con coherencia los compromisos asumidos el día del Bautismo y en fidelidad a las propuestas de Dios.

- De acuerdo con la Palabra de Dios que se nos propone, ese camino debe ser recorrido en alegría. El cristiano es alegre, porque sabe hacia donde camina y está seguro de que al final del camino encuentra los brazos amorosos de Dios que lo acogen y lo conducen hacia la felicidad plena, a la vida definitiva.
Ni los sufrimientos, ni las dificultades, ni las incomprensiones, ni las persecuciones pueden eliminar esa alegría serena de quien confía en el encuentro con el Señor.
¿Es esa alegría serena y esa paz las que marcan nuestra existencia y que brillan en nuestros ojos, o somos seres derrotados, desilusionados, que se arrastran por la vida hundidos en la desesperación, sin rumbo y a merced de la corriente y de las mareas?

- De acuerdo con la Palabra de Dios que se nos propone, ese camino debe ser recorrido, también, en un diálogo nunca acabado con Dios. El creyente es alguien que "ora sin cesar" y "da gracias en todas las circunstancias" por los dones de Dios, por su presencia amorosa, por la salvación que no cesa de ofrecer en cada paso del camino.
¿Sabemos encontrar espacios para el diálogo con Dios?
¿Sabemos sentirnos agradecidos por esos dones que, a cada instante, Dios nos ofrece?

- De acuerdo con la Palabra de Dios que se nos propone, ese camino debe ser recorrido en una actitud de permanente atención a los dones y a los desafíos del Espíritu.
¿Sabemos estar atentos a las propuestas de Dios o nos dejamos prender en esquemas de instalación, de rutina, de prejuicios que no nos dejan acoger y responder a los desafíos y a la novedad de Dios?

Aleluya

Is 61, 1

Aleluya, aleluya.
El Espíritu del Señor está sobre mí,
me ha enviado para dar
la Buena Noticia a los pobres.
Aleluya.

EVANGELIO

En medio de vosotros hay uno que no conocéis

✞ Lectura del santo Evangelio según San Juan

1, 6 - 8.19 - 28.

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan:
éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz,
para que por él todos vinieran a la fe.
No era él la luz, sino testigo de la luz.

Los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan,
a que le preguntaran:
— ¿Tú quién eres ?
El confesó sin reservas:
— Yo no soy el Mesías.
Le preguntaron:
— Entonces ¿qué ? ¿Eres tú Elías ?
Él dijo:
— No lo soy.
— ¿Eres tú el Profeta?
Respondió:
— No.
Y le dijeron:
— ¿Quién eres? Para que podamos dar una respuesta
a los que nos han enviado, ¿qué dices de ti mismo?
Él contestó:
— Yo soy «la voz que grita en el desierto:
Allanad el camino del Señor» (como dijo el Profeta Isaías).

Entre los enviados había fariseos y le preguntaron:
— Entonces, ¿por qué bautizas, si tú no eres el Mesías,
ni Elías, ni el Profeta?
Juan les respondió:
— Yo bautizo con agua;
en medio de vosotros hay uno que no conocéis,
el que viene detrás de mi, que existía antes que yo
y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia.

Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán,
donde estaba Juan bautizando.

Palabra del Señor.

3.1 Ambientación

El Evangelio según Juan comienza con una composición que se acordó llamar "prólogo" (cf. Jn 1,1-18). Se trata, probablemente, de un primitivo himno cristiano conocido por la comunidad joánica, que el autor del Cuarto Evangelio adoptó y donde se expresa la fe de la comunidad en Cristo, Palabra viva de Dios, enviado al mundo para hacer presente el plan de salvación que Dios tenía para ofrecérselo a los hombres. Los primeros tres versículos del texto que hoy se nos propone (cf. Jn 1,6-8), pertenecen a ese "prólogo".

Después del "prólogo", el autor del Cuarto Evangelio desarrolla, en varias etapas, su catequesis sobre Jesús. La "sección introductoria", que va inmediatamente después del "prólogo" (cf. Jn 11,19-3,36), pretende explicar quién es Jesús y definir su misión, haciendo entrar sucesivamente en escena a varios personajes cuya función es presentar al lector la figura de Jesús.

De entre estos personajes, sobresale la figura de Juan Bautista, el "presentador" oficial de Jesús. Aparece en el inicio (cf. Jn 1,19-37) y en el final (cf. Jn 3,22-36) de esa sección introductoria para dar testimonio sobre Jesús. El cuerpo central del texto evangélico que hoy se nos presenta, precisamente, es el primer testimonio que Juan da sobre Jesús, ante las autoridades judías.

Para percibir el alcance del diálogo entre Juan y los líderes judíos, es preciso tener en cuenta el ambiente político, social y religioso de la Palestina del siglo I.

Dominado por los romanos, humillado e imposibilitado para decidir su destino, ahogado en impuestos ruinosos, explotado por una clase dirigente cómodamente instalada en sus privilegios, esclavizado por un sistema religioso ritual y legalista, el Pueblo de Dios vivía en la expectativa de la llegada del Mesías libertador, enviado por Dios para inaugurar una nueva era de libertad, de alegría, de felicidad. Muchos israelitas estaban dispuestos a aprovechar cualquier oportunidad de liberación y eran presa fácil de los falsos mesías y de los vendedores de sueños. Las frecuentes aventuras mesiánicas fallidas sólo aumentaban la violencia, la miseria, la pobreza y la frustración nacional.

A la jerarquía religiosa judía no le gustaba demasiado oír hablar de la llegada del Mesías. De hecho, uno de los objetivos del Mesías, según la concepción más corriente, debería ser la reforma de las instituciones de la jerarquía religiosa judía, considerada indigna. No extraña, pues, que las autoridades se inquietasen ante la actividad de Juan.

3.2 Mensaje

En la primera parte de nuestro texto (vv. 6-8), se presenta a Juan. De él se dicen dos cosas: que es "un hombre" y que fue "enviado por Dios".

El agente principal en esta historia es, naturalmente, Dios: es Dios quien escoge a ese hombre y le envía al mundo con una misión concreta. Y, habitualmente, ese es el "método" que Dios emplea: llama a hombres, les confía una misión y, a través de ellos, interviene en el mundo.

La misión de Juan es "dar testimonio de la luz". La "luz", en el cuarto evangelio, representa a esa realidad que viene de Dios y con la cual Dios se propone construir para los hombres un mundo nuevo de vida definitiva y de felicidad total. Juan no actúa por su propia

iniciativa, sino en respuesta a la elección divina y para hacer concreta una misión que Dios le confió.

Por otro lado, aunque enviado por Dios, Juan no es "la luz", esto es, él no tiene la capacidad de eliminar las tinieblas que afrentan y ocultan la vida de los hombres, porque no tiene capacidad de dar vida a los hombres. Juan sólo es "el testigo" que viene a preparar a los hombres para acoger a ese que va a llegar y que será "la luz / vida".

En la segunda parte de nuestro texto (vv. 19-28), tenemos el "testimonio" de Juan. La escena nos sitúa delante de una comisión oficial, enviada desde Jerusalén para investigar a Juan y constituida por sacerdotes y levitas (encargados, entre otras cosas, de vigilar la ortodoxia y la fidelidad del orden religioso judío). En el ambiente de mesianismo exacerbado de la época, la figura de Juan y su testimonio resultan inquietantes para los líderes religiosos judíos.

La comisión investigadora comienza por interrogar a Juan con una pregunta aparentemente inocua: "¿quién eres tú?". Los interrogadores no toman posición. Se limitan a esperar que el propio Juan declare su posición y sus intenciones.

Juan descarta totalmente la hipótesis de ser el Mesías.

Tampoco acepta identificarse con Elías (de acuerdo con Mal 3,22-23, Elías debía venir a preparar el "día de Yahvé", que, en el siglo I era el día de la venida del Mesías libertador, enviado por Dios para construir un mundo nuevo).

Tampoco acepta asumir el título de "el profeta" (este título parece aludir a Dt 18,15 y significaba, en la época de Jesús, un "segundo Moisés" que debería aparecer en los últimos tiempos).

En verdad, Juan no acepta que le atribuyan ninguna función que pueda centrar la atención en su propia persona. Sus tres respuestas son rotundamente negativas. El no busca su gloria o su afirmación, ni viene en su propio nombre; su misión es meramente la de dar testimonio de la "luz" y hacia esa luz es hacia donde los focos deben ser dirigidos.

Es en este cuadro donde debemos entender la respuesta de Juan, cuando sus interlocutores le invitan a definirse: "yo soy una voz". "Voz" es un término relacional que supone unos oyentes a los que se comunica un mensaje. La "voz" no tiene rostro, es anónima y pasa desapercibida; lo importante es el contenido del mensaje. Eso es lo que Juan es: una "voz" a través de la cual Dios lleva a los hombres un mensaje. Es al mensaje y no a la "voz" a lo que los hombres deben prestar atención.

El mensaje que la "voz" transmite es: "*Allanad el camino del Señor*". La expresión está tomada de Is 40,3, en una versión libre. En Isaías, la expresión es usada en un contexto de intervención salvadora de Dios para hacer volver a la Tierra de la Libertad a los judíos cautivos en Babilonia. Pedía que el Pueblo instalado y acomodado, desanimado y frustrado hiciese un esfuerzo para acoger los retos de Dios y aceptase ponerse en camino con Dios en dirección a un futuro nuevo de vida y de esperanza. Es esa misma realidad la que Juan quiere hacer revivir en el corazón de su Pueblo.

Las respuestas negativas de Juan desconciertan a la comisión. Si Juan no reivindica ninguno de los títulos tradicionales, "Mesías", "Elías", "el profeta", ¿con qué título bautiza?

El bautismo o inmersión en el agua, era un símbolo relativamente frecuente en el judaísmo. Era usado como rito de purificación (por ejemplo, para un enfermo curado de su

enfermedad, cf. Lv 14,8) o para significar el cambio de estado de vida (podría significar, por ejemplo, el pasar de una situación de esclavitud a una situación de libertad; para los prosélitos, significaba el abandono de las prácticas y creencias paganas y la adhesión al judaísmo). El bautismo de Juan significaba, probablemente, la ruptura con la vida de las tinieblas y el deseo de adherirse a una nueva vida. Para Juan sería, solamente, un primer paso para acoger "la luz".

Juan evita responder directamente a la objeción que los fariseos le ponen. Prefiere quitar valor a su bautismo con agua y apuntar hacia "aquel" que viene y a quien Juan no es digno "de desatar las correas de las sandalias". Ese es el que es "la luz" que viene a liberar al hombre de la oscuridad, de la ceguera, de la mentira, del egoísmo, del pecado.

Es como si Juan dijese: "no os preocupéis por el bautismo de agua que yo administro, pues es solamente un símbolo de conversión y de adhesión a una nueva realidad; sino mirad más bien hacia esa nueva realidad que ya está en medio de vosotros y que el Mesías os va a ofrecer. Es el bautismo del Mesías (el bautismo en Espíritu) el que transformará totalmente los corazones de los hombres, les hará libres y les dará la vida definitiva. Ese que viene a bautizar en Espíritu ya está aquí, para iniciar su obra liberadora. Procurad acogerlo, esto es, escuchadle y acoged su propuesta de vida y de liberación".

La indicación de que los líderes no "conocen" a ese "alguien" que ya ha llegado y del cual Juan solamente es "la voz" es, probablemente, una denuncia de la situación en la que se encuentra la clase dirigente judía, instalada en sus privilegios, certezas y prejuicios y muy poco abierta a la novedad y a los desafíos de Dios.

3.3 Actualización

Considerad, en la reflexión, los siguientes datos:

- La "voz" a través de la cual Dios habla, nos invita a allanar "el camino del Señor". Es, en lenguaje del Evangelio según Juan, una invitación a dejar "las tinieblas" y a nacer a "la luz". Implica abandonar la mentira, los comportamientos egoístas, las actitudes injustas, los gestos de violencia, los prejuicios, la instalación, la comodidad, la autosuficiencia, todo lo que afea nuestra vida, nos hace esclavos y nos impide llega a la verdadera felicidad.
  En términos personales, ¿cuáles son los cambios que yo tengo que realizar en mi existencia para pasar de las "tinieblas" a la "luz"?
  ¿O qué es lo que me esclaviza y me impide ser plenamente feliz?
  ¿Qué es lo que en mi vida genera desilusión, frustración, desencanto, sufrimiento?

- La "voz" a través de la cual Dios habla, nos invita a mirar a Jesús, pues sólo él es "la luz" y sólo él tiene una propuesta de vida verdadera para los hombres. A nuestro alrededor abundan los "vendedores de sueños", con propuestas de felicidad "de absoluta garantía". Nos atraen, nos seducen, nos manipulan, nos esclavizan y, casi siempre, nos dejan decepcionados e infelices, más angustiados, más perdidos, más frustrados. Juan nos garantiza: sólo Jesús es "la luz" que libera a los hombres de la esclavitud y de las tinieblas y les ofrece la vida verdadera y definitiva.

¿A quién presto oídos: a las propuestas de Jesús, o a las propuestas de la moda, de lo políticamente correcto, de las personas "in" que aparecen día a día en las revistas y programas del corazón y que dicen lo que es correcto y lo que es equivocado a la luz de los criterios del mundo?
¿Qué significado aportan a mi vida Jesús y su propuesta de vida?

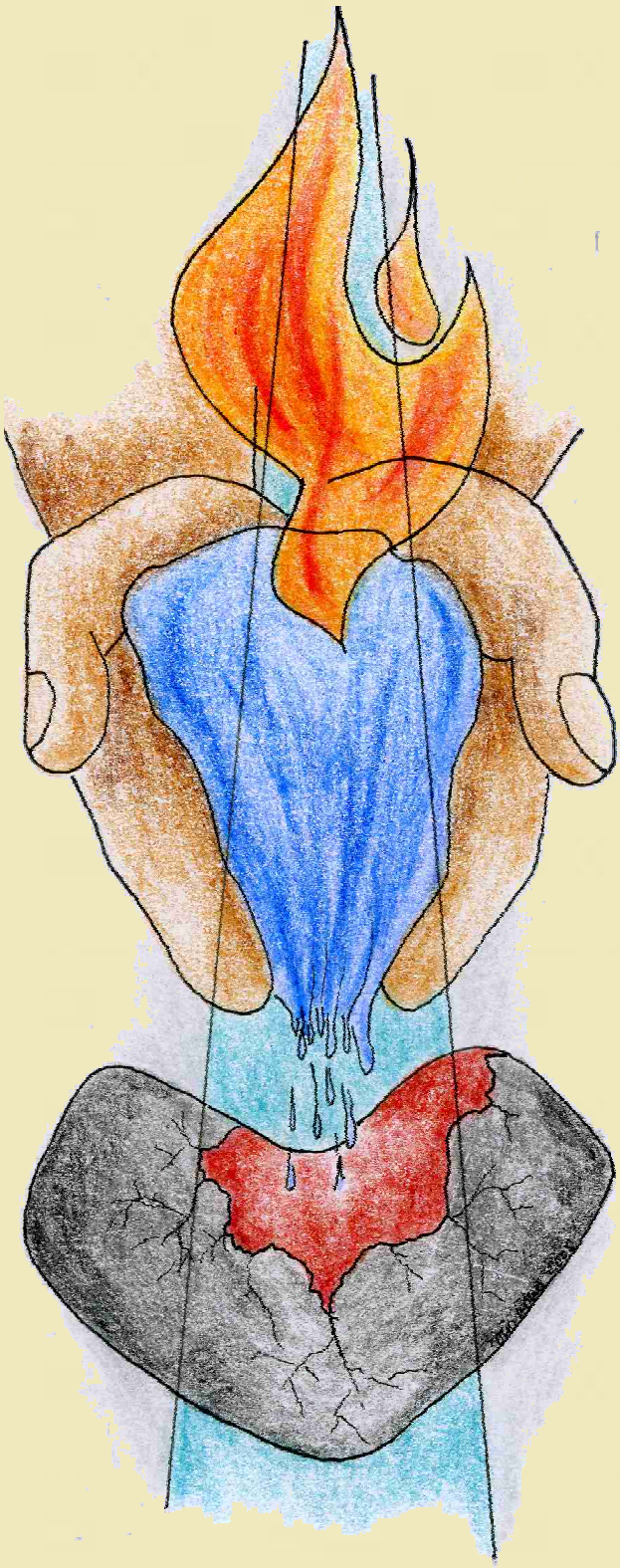
¿Jesús marca, realmente, mi existencia? ¿Los valores que él vino a traer tienen peso en mis decisiones y opciones de vida?
Cuando celebro el nacimiento de Jesús ¿celebro un acontecimiento del pasado que dejó su señal en la historia, o celebro el encuentro con alguien que es "la luz" que ilumina mi existencia y que llena mi vida de paz, de alegría y de libertad?

El "hombre llamado Juan", enviado por Dios "para dar testimonio de la luz", nos invita a pensar sobre la forma de actuar de Dios en la historia humana y sobre las responsabilidades que Dios nos da en la recreación del mundo.
Dios no utiliza métodos espectaculares y asombrosos para intervenir en nuestra historia y para recrear el mundo, sino que viene al encuentro de los hombres y del mundo para envolverlos en su amor a través de personas concretas, con un nombre y una historia, personas "normales" a las que Dios llama y a los que confía determinada misión. A todos nosotros, sus hijos, Dios nos confía una misión en el mundo, la misión de testimoniar la "luz" y de hacer presente, a nuestros hermanos, la propuesta liberadora de Jesús.
¿Tengo conciencia de que Dios me llama y me envía al mundo? ¿Cómo respondes a la llamada de Dios: con disponibilidad y entrega o con comodidad, pereza e instalación?

La actitud sencilla y discreta con la que Juan se presenta es muy sugerente: no intenta atraer la atención sobre sí, no utiliza la misión para su gloria o promoción personal, no busca la satisfacción de intereses egoístas; es solamente una "voz" anónima y discreta que recuerda, desde la sombra, las realidades importantes. Juan es una gran interpelación para todos aquellos a quienes Dios llama y envía.
Con él, el profeta (esto es, todo aquel a quien Dios llama y a quien confía una misión) debe aprender a quedarse en la sombra, a ser discreto y sencillo, de forma que las personas no le vean a él sino a las realidades importantes que propone.

La actitud de los fariseos y de los líderes judíos, llenos de prejuicios, preocupados por mantener sus esquemas de poder e instalación, situados en su comodidad y en sus privilegios, les impide "conocer" "la luz" que está llegando.
Se trata de un aviso para nosotros: cuando nos instalamos en nuestra comodidad, en nuestro bienestar, en nuestra autosuficiencia, cuando cerramos el corazón a la novedad a los desafíos que Dios nos hace.
De esa forma, no reconocemos a Jesús cuando él viene a nuestro encuentro y no le dejamos entrar en nuestra vida.
La liturgia nos invita, en este Adviento, a no instalarnos, a fin de que el Señor que viene pueda nacer en nuestra vida.

ORACIÓN: Llegar hasta Jesús



Jesús,
El camino de mi encuentro contigo
pasa por la mediación de tus testigos.

Con sus palabras y actitudes
son los precursores
que me conducen hacia ti.

A veces, tengo la tentación
de quedarme en ellos,
porque no veo
la necesidad de ir hasta ti
o porque me resulta
más difícil comprender
sus gestos y sus palabras.

Cuando me decido a seguir
el camino que me indicas,
-como aún no te veo
ni te conozco
suficientemente-,
tengo sensación de inseguridad
y de desequilibrio.

Pero tu Espíritu me va guiando,
esperanzado
y me ayuda a descubrirte
ya presente en mi interior.

¡Tú ya estabas en mí, pero yo no lo sabía!

Este encuentro, impregnado del Espíritu,
me hace vivir una paz y una alegría,
que solo tú me puedes dar,
porque me haces conocer mi grandeza
y me ofreces una comunión de amor para
siempre.

¡Gracias por esta vida eterna
que ya compartimos!